

CAPÍTULO 4

La Santísima Trinidad

Dios de nuestros padres, entronizado en la luz, ¡qué rica, qué musical es la lengua de Inglaterra! Sin embargo, cuando intentamos hablar de tus maravillas, nuestras palabras parecen tan pobres y nuestro discurso tan poco melodioso. Cuando consideramos el terrible misterio de Tu Divinidad Trina, nos tapamos la boca con la mano. Ante esa zarza ardiente no pedimos entender, sino sólo que podamos adorarte adecuadamente, Un Dios en Tres Personas. Amén.

Meditar en las tres Personas de la Divinidad es caminar con el pensamiento por el jardín del Edén hacia el este y pisar tierra santa. Nuestro más sincero esfuerzo por captar el incomprensible misterio de la Trinidad debe permanecer para siempre vano, y sólo mediante la más profunda reverencia puede salvarse de la presunción real.

Algunas personas que rechazan todo lo que no pueden explicar han negado que Dios sea una Trinidad. Sometiendo al Altísimo a su frío escrutinio, llegan a la conclusión de que es imposible que sea a la vez Uno y Trino. Olvidan que toda su vida está envuelta en el misterio. Caen en la cuenta de que cualquier explicación real, incluso del fenómeno más simple de la naturaleza, está oculta en la oscuridad y no puede explicarse más de lo que puede explicarse el misterio de la Divinidad.

Todo hombre vive por fe, tanto el no creyente como el santo; el uno por fe en las leyes naturales y el otro por fe en Dios. Todo hombre a lo largo de su vida acepta constantemente sin comprender. El sabio más erudito puede ser reducido al silencio con una simple pregunta: "¿Qué?". La respuesta a esa pregunta yace para siempre en el abismo del desconocimiento más allá de la capacidad de cualquier hombre para descubrirla. "Dios entiende su camino y conoce su lugar", pero el hombre mortal jamás.

Thomas Carlyle, siguiendo a Platón, imagina a un hombre, un profundo pensador pagano, que ha crecido hasta la madurez en alguna cueva oculta y es sacado de repente para ver salir el sol. "Cuál sería su asombro", exclama Carlyle, "¡su embelesado asombro ante el espectáculo que presenciamos diariamente con indiferencia! Con el sentido libre y abierto de un niño, pero con la facultad madura de un hombre, todo su corazón se encendería ante ese espectáculo Esta tierra verde y florida, construida con rocas, los árboles, las montañas, los ríos, los mares que suenan; ese gran mar profundo de azul que nada sobre nuestras cabezas; los vientos que lo barren; la nube negra que se forma, ahora derramando fuego, ahora granizo y lluvia; ¿qué es? ¿Qué? En el fondo aún no lo sabemos; nunca podremos saberlo del todo".

Qué diferentes somos los que nos hemos acostumbrado a ello, los que nos hemos hastiado del asombro. "No es por nuestra superior perspicacia que escapamos a la dificultad", dice Carlyle, "es por nuestra superior ligereza, nuestra falta de atención, nuestra falta de perspicacia. Es por no pensar por lo que dejamos de maravillarnos.... Llamamos electricidad al fuego de la negra nube de trueno, y disertamos eruditamente sobre ella, y la esmerilamos en vidrio y seda: pero ¿qué es? ¿De dónde viene? ¿Adónde va? La ciencia ha hecho mucho por nosotros; pero es una pobre ciencia que nos ocultaría la gran infinitud sagrada y profunda de la Nesciencia, en la que nunca podremos penetrar, y en la que toda la ciencia nada como una mera película superficial. Este mundo, después de todas nuestras ciencias y ciencias, sigue siendo un milagro; maravilloso, inescrutable, mágico y más, para quien quiera pensar en él."

Estas palabras penetrantes, casi proféticas, se escribieron hace más de un siglo, pero ni todos los avances de la ciencia y la tecnología que nos han dejado sin aliento desde

entonces han invalidado una sola palabra ni han dejado obsoleto ni un solo punto o coma. Aun así no lo sabemos. Salvamos las apariencias repitiendo frívolamente la jerga popular de la ciencia. Aprovechamos la poderosa energía que recorre nuestro mundo; la controlamos con la punta de los dedos en nuestros coches y nuestras cocinas; la hacemos trabajar para nosotros como el genio de Aladino, pero seguimos sin saber lo que es. El secularismo, el materialismo y la presencia intrusa de las cosas han apagado la luz de nuestras almas y nos han convertido en una generación de zombis. Cubrimos nuestra profunda ignorancia con palabras, pero nos avergüenza preguntarnos, nos da miedo susurrar "misterio".

La Iglesia no ha dudado en enseñar la doctrina de la Trinidad. Sin pretender comprender, ha dado su testimonio, ha repetido lo que enseñan las Sagradas Escrituras. Algunos niegan que las Escrituras enseñen la Trinidad de la Divinidad alegando que toda la idea de la trinidad en la unidad es una contradicción en los términos; pero puesto que no podemos entender la caída de una hoja al borde del camino o la eclosión de un huevo de petirrojo en el nido de allá, ¿por qué debería ser la Trinidad un problema para nosotros? "Pensamos más excelsamente de Dios", dice Miguel de Molinos, "sabiendo que es incomprendible, y está por encima de nuestro entendimiento, que concibiéndole bajo cualquier imagen, y belleza de criatura, según nuestro rudo entendimiento."

No todos los que se llamaron cristianos a lo largo de los siglos eran trinitarios, pero así como la presencia de Dios en la columna de fuego brilló sobre el campamento de Israel durante la travesía del desierto, diciendo a todo el mundo: "Este es mi pueblo", así la creencia en la Trinidad ha brillado desde los días de los apóstoles sobre la Iglesia del Primogénito en su peregrinar a lo largo de los años. Pureza y poder han seguido a esta fe. Bajo esta bandera han salido apóstoles, padres, mártires, místicos, himnistas, reformadores, renovadores, y el sello de la aprobación divina ha descansado sobre sus vidas y sus trabajos. Por más que hayan diferido en asuntos menores, la doctrina de la Trinidad los unió.

Lo que Dios declara, el corazón creyente lo confiesa sin necesidad de más pruebas. En efecto, buscar pruebas es admitir la duda, y obtener pruebas es hacer superflua la fe. Todo el que posea el don de la fe reconocerá la sabiduría de aquellas atrevidas palabras de uno de los primeros padres de la Iglesia: "Creo que Cristo murió por mí porque es increíble; creo que resucitó porque es imposible".

Esa fue la actitud de Abraham, que contra toda evidencia se mantuvo firme en la fe, dando gloria a Dios. Fue la actitud de Anselmo, "el segundo Agustín", uno de los más grandes pensadores de la era cristiana, que sostenía que la fe debe preceder a todo esfuerzo por comprender. La reflexión sobre la verdad revelada sigue naturalmente al advenimiento de la fe, pero la fe llega primero al oído que escucha, no a la mente que reflexiona. El hombre creyente no reflexiona sobre la Palabra y llega a la fe mediante un proceso de razonamiento, ni busca la confirmación de la fe en la filosofía o la ciencia. Su clamor es: "Tierra, tierra, escucha la palabra del Señor. Sí, que Dios sea veraz, pero todo hombre mentiroso". "

¿Es esto descartar la erudición como sin valor en la esfera de la religión revelada? En absoluto. El erudito tiene una tarea de vital importancia que desempeñar dentro de un recinto cuidadosamente prescrito. Su tarea es garantizar la pureza del texto, acercarse lo más posible a la Palabra tal como fue dada originalmente. Puede comparar Escritura con Escritura hasta que haya descubierto el verdadero significado del texto. Pero ahí termina su autoridad. Nunca debe juzgar lo que está escrito. No se atreve a llevar el significado de la Palabra ante la barra de su razón. No se atreve a recomendar o condenar la Palabra como razonable o irrazonable, científica o acientífica. Una vez descubierto el significado, ese significado lo juzga a él; él nunca lo juzga.

La doctrina de la Trinidad es una verdad para el corazón. Sólo el espíritu del hombre puede atravesar el velo y penetrar en ese Santo de los Santos. "Déjame buscarte con anhelo," suplicó Anselmo, "déjame anhelarte en la búsqueda; déjame encontrarte en el amor, y amarte en la búsqueda". El amor y la fe están en casa en el misterio de la Divinidad. Que la razón se arrodille en reverencia fuera.

Cristo no dudó en utilizar la forma plural al hablar de sí mismo junto con el Padre y el Espíritu. "Vendremos a él y haremos morada en él". Otra vez dijo: "Yo y mi Padre somos uno". Es muy importante que pensemos en Dios como Trinidad en Unidad, sin confundir las Personas ni dividir la Sustancia. Sólo así podremos pensar correctamente de Dios y de una manera digna de Él y de nuestras propias almas.

Fue la pretensión de nuestro Señor de ser igual al Padre lo que indignó a los religiosos de su tiempo y lo que condujo finalmente a su crucifixión. El ataque a la doctrina de la Trinidad, dos siglos más tarde, por parte de Arrio y otros, también iba dirigido contra la pretensión de deidad de Cristo. Durante la controversia arriana 318 padres de la Iglesia (muchos de ellos mutilados y marcados por la violencia física sufrida en anteriores persecuciones) se reunieron en Nicea y adoptaron una declaración de fe, uno de cuyos apartados reza así:

*Creo en un solo Señor Jesucristo,
Hijo unigénito de Dios,
Engendrado por Él antes de todos
los siglos, Dios de Dios, Luz de
Luz,
Dios Mismo de Dios Mismo, Engendrado, no
hecho, Siendo de una sustancia con el Padre,
Por quien todas las cosas fueron hechas.*

Durante más de mil seiscientos años ha sido la prueba final de la ortodoxia, como debe ser, pues condensa en lenguaje teológico la enseñanza del Nuevo Testamento sobre la posición del Hijo en la Divinidad.

El Credo de Nicea también rinde homenaje al Espíritu Santo como Dios e igual al Padre y al Hijo:

*Creo en el Espíritu Santo,
Señor y dador de vida,
Que procede del Padre y del Hijo, Que con el
Padre y el Hijo juntos
Es adorado y glorificado.*

Aparte de la cuestión de si el Espíritu procede sólo del Padre o del Padre y del Hijo, este principio del antiguo credo ha sido mantenido por las ramas oriental y occidental de la Iglesia y por todos los cristianos, salvo una pequeña minoría.

Los autores del Credo de Atanasio explicaron con sumo cuidado la relación de las tres Personas entre sí, llenando las lagunas del pensamiento humano en la medida de sus posibilidades y manteniéndose dentro de los límites de la Palabra inspirada. "En esta Trinidad", dice el Credo, "nada es antes ni después, nada es mayor ni menor: sino las tres Personas coeternas, juntas e iguales".

¿Cómo armonizan estas palabras con el dicho de Jesús: "Mi Padre es mayor que yo"? Aquellos antiguos teólogos lo sabían, y escribieron en el Credo: "Igual a Su Padre, en cuanto a Su Deidad; menor que el Padre, en cuanto a Su humanidad", y esta interpretación se recomienda a todo buscador de la verdad de mente seria en una región donde la luz es casi cegadora.

Para redimir a la humanidad, el Hijo Eterno no abandonó el seno del Padre; mientras caminaba entre los hombres se refirió a Sí mismo como "el Hijo unigénito que está en el seno del Padre", y volvió a hablar de Sí mismo como "el Hijo del hombre que está en los cielos". Concedemos aquí el misterio, pero no la confusión. En Su encarnación, el Hijo veló Su deidad, pero no la anuló. La unidad de la Deidad hizo imposible que renunciara a nada de Su deidad. Cuando asumió la naturaleza humana, no se degradó ni se hizo menos de lo que era antes, ni siquiera por un tiempo. Dios nunca puede ser menos que Él mismo. Es impensable que Dios se convierta en algo que no ha sido.

Las Personas de la Divinidad, siendo una, tienen una sola voluntad. Trabajan siempre juntas, y ni el más mínimo acto es realizado por una de ellas sin la aquiescencia instantánea de las otras dos. Cada acto de Dios es realizado por la Trinidad en Unidad. Aquí, por supuesto, nos vemos empujados por la necesidad a concebir a Dios en términos humanos. Estamos pensando en Dios por analogía con el hombre, y el resultado no puede estar a la altura de la verdad última; sin embargo, si hemos de pensar en Dios, debemos hacerlo adaptando pensamientos y palabras de criatura al Creador. Es un error real, aunque comprensible, concebir que las Personas de la Divinidad dialoguen entre sí y lleguen a un acuerdo mediante el intercambio de pensamientos, como hacen los humanos. Siempre me ha parecido que Milton introduce un elemento de debilidad en su célebre Paraíso Perdido cuando presenta a las Personas de la Divinidad conversando entre sí sobre la redención de la raza humana.

Cuando el Hijo de Dios caminaba por la tierra como Hijo del Hombre, hablaba a menudo con el Padre y el Padre le respondía de nuevo; como Hijo del Hombre, ahora intercede ante Dios por Su pueblo. El diálogo entre el Padre y el Hijo registrado en las Escrituras debe entenderse siempre entre el Padre Eterno y el Hombre Cristo Jesús. Esa comunión instantánea e inmediata entre las Personas de la Divinidad, que existe desde toda la eternidad, no conoce sonido, esfuerzo ni movimiento.

*En medio de los silencios eternos
Nadie oyó sino Aquel que siempre
hablaba, Y el silencio fue
ininterrumpido.
¡Oh, maravilloso! ¡Oh
adorable! No se oye canto ni
sonido alguno,
Pero en todas partes y a todas
horas En amor, en sabiduría y
en poder,
El Padre habla Su querida Palabra Eterna.*

Frederick W. Faber

Una creencia popular entre los cristianos divide la obra de Dios entre las tres Personas, dando una parte específica a cada una, como, por ejemplo, la creación al Padre, la redención al Hijo y la regeneración al Espíritu Santo. Esto es cierto en parte, pero no del todo, porque Dios no puede dividirse de tal manera que una Persona trabaje mientras la otra permanece inactiva. En las Escrituras se muestra que las tres Personas actúan en armoniosa unidad en todas las obras poderosas que se realizan en todo el universo.

En las Sagradas Escrituras, la obra de la creación se atribuye al Padre (Gn 1,1), al Hijo (Col 1,16) y al Espíritu Santo (Job 26,13 y Sal 104,30). La encarnación se muestra como realizada por las tres Personas en pleno acuerdo (Lc 1, 35), aunque sólo el Hijo se hizo carne para habitar entre nosotros. En el bautismo de Cristo, el Hijo salió del agua, el Espíritu descendió sobre Él y la voz del Padre habló desde el cielo (Mt. 3:16, 17).

Probablemente la descripción más hermosa de la obra de expiación se encuentra en Hebreos 9:14, donde se afirma que Cristo, por medio del Espíritu Eterno, se ofreció a sí mismo sin mancha a Dios; y allí contemplamos a las tres personas operando juntas.

La resurrección de Cristo se atribuye también al Padre (Hch 2,32), al Hijo (Jn 10,17-18) y al Espíritu Santo (Rm 1,4). El apóstol Pedro muestra que la salvación del hombre individual es obra de las tres Personas de la Divinidad (1 Pe. 1:2), y se dice que la inhabitación del alma del hombre cristiano es obra del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo (Jn. 14:15-23).

La doctrina de la Trinidad, como he dicho antes, es una verdad para el corazón. El hecho de que no pueda ser explicada satisfactoriamente, en lugar de estar en su contra, está a su favor. Tal verdad tenía que ser revelada; nadie podría haberla imaginado.

¡Oh Santísima Trinidad!

¡Oh, Majestad más simple! ¡Oh Tres en Uno! Tú eres por siempre sólo Dios. ¡Santa Trinidad! Bendito Tres igual.

Un solo Dios, te alabamos.

Frederick W. Faber